

salir el mariscal Mortier de Krasnoe bajo las cargas de la caballería enemiga, y descubriendo la inminencia del peligro, avisó al mariscal Davout de su partida, y estrechóle á que le siguiera, pues no había que perder minuto. A la sazón comenzaba la noche, dentro de Krasnoe llovían las balas, y la confusión llegaba á colmo. Las tres divisiones de que aún disponía el mariscal Davout, y que no contaban más que cinco mil hombres, siempre sin artillería, clamaban por que no se las sacrificara estérilmente y de seguro á la muerte ó al cautiverio. Atúvose, pues, el mariscal Davout á la orden de seguir el movimiento del mariscal Mortier, que á la sazón era la única ejecutable. A la verdad, el mariscal Ney se hallaba abandonado. ¿Pero de quién era la culpa, si era de alguno, sino del que, en vez de salir en masa de Esmolensko, salió en columna larga de tres marchas? Hasta cerrada la noche aguardó el mariscal Davout por si oía algo hacia el camino de Esmolensko; pero, no habiendo partido Ney de allí hasta el 17 por la mañana, no podía llegar delante de Krasnoe el 18 por la tarde. Con diferir más la espera, sin salvar á Ney, se exponían las tres divisiones del primer cuerpo á quedar prisioneras ó á ser destruidas. De consiguiente el mariscal Davout se puso en camino para Liady, acosado de continuo por una caballería numerosa, y volviéndose á cada paso para hacerla cara. En Liady habían hecho alto Napoleón y la vieja guardia. Entre este punto y Krasnoe vivaquearon Mortier y Davout á campo raso y como les fué posible. Al día siguiente marchó la cabeza del ejército sobre Doubrowna, la cola sobre Liady, estando consternados todos por la suerte que aguardaba al mariscal Ney, á pesar del egoísmo que cunde en los grandes desastres.

Bien habríamos dejado en estas jornadas del 16 y el 17 como cinco mil muertos ó heridos, todos perdidos para el ejército de igual modo, sin contar seis ú ocho mil rezagados, que en las relaciones extravagantemente falsas de los rusos se contaron como prisioneros cogidos sobre el campo de batalla. Además perdimos gran porción de bagajes, de cañones y de arcas abandonadas. Pero la mayor pérdida de que estábamos amenazados era la del cuerpo entero del mariscal Ney y de la división de Ricard, que le fué confiada. Después de hacer saltar las torres de Esmolensko, de enterrar ó de arrojar al Dnieper toda la artillería que no podía llevar consigo, y de empujar por delante á cuantos hombres pudo de los que habían contraído la costumbre de marchar á la desbandada, partió el mariscal Ney de Esmolensko el 17 por la mañana, esperando tener al enemigo sobre su espalda y aun sobre sus flancos, preparándose á hacerle cara vigorosamente, bien que suponiendo que le había de hallar á su paso, como una impenetrable muralla de hierro. Verdad es que el mariscal Davout le envió el 16 por la noche desde Koritnia un aviso de los peligros que se anunciaban para la jornada del 17; pero, habiéndose interpuesto muy luego el enemigo, ya no hubo manera de que se comunicaran uno con otro; circunstancia de las más fatales, pues avisado Ney oportunamente, pudiera salir por la derecha del Dnieper de Esmolensko, y ganar quizá á Orscha, por medio de una marcha de noche, antes de que avisados los rusos pasaran este río sobre el hielo, aún no sólido por todas partes. Alentándole su habitual confianza y

careciendo de exactas noticias, partió pues el 17, según se había convenido, llegó por la noche á Koritnia á la hora en que el grueso del ejército se veía obligado á evacuar á Krasnoe, oyó el cañoneo sin que le causara sorpresa, y preparóse á superar el obstáculo al día siguiente, según lo habían ya hecho sus camaradas. Creía que por donde habían pasado otros pasaría igualmente, y á otro día, que era el 18, encaminóse hacia Krasnoe.

Primeramente llegó la división de Ricard delante del enemigo. Acostumbrada á no andar en vacilaciones, guiada por un oficial distinguido, que anhelaba salir de la desgracia en que le hizo caer lo de Oporto, marchó resueltamente contra los rusos. Habiéndose éstos alineado en masa al borde de la quebrada del Lossmina, tenían sobre su frente una artillería formidable. En un instante la infeliz división de Ricard fué acribillada y perdió mucha de su gente. Aguardó al mariscal Ney, y llegando éste y viendo el peligro, sin titubear dispuso todo su cuerpo, así como la división de Ricard, en columnas de ataque, para caer sobre la línea enemiga y abrirse paso.

Instantáneamente se formaron sus tropas. Después de cruzar la quebrada el regimiento 48, que ocupaba la extrema derecha, debía lanzarse sobre los rusos á la bayoneta, y tratar de repelerlos hacia la izquierda del camino.

Todo el resto del cuerpo de ejército había de seguir este ejemplo, agolpándose á la izquierda y repeliendo por este lado á los rusos, para penetrar después en Krasnoe. Jamás tropa bien conducida sostuvo fuego semejante más briosamente. Recibidas fueron por la metralla las columnas de Ney apenas asomaron al borde de la quebrada. A ella bajaron y subieron por el lado opuesto, siempre bajo aquella metralla espantosa y sin ser detenidas en su empuje. Hasta lograron quitar algunos cañones al enemigo; pero abrasadas por cien bocas de fuego, acometidas á la bayoneta, fueron repelidas al fondo de la quebrada, y arrolladas hasta su punto de partida. La vista de las columnas rusas, unas detrás de otras, pues el ejército de Kutusoff se hallaba allí entero, no dejaba ninguna esperanza. Siete mil combatientes, reducidos á cuatro mil en una hora, no podían romper ciertamente por entre cincuenta mil hombres formados en batalla. De consiguiente renunció Ney á tal tentativa, aunque sin pensar en rendirse ni en entregar su espada á los rusos. El partido que iba á adoptar salvaría menos hombres que salvara una capitulación, y aún los expondría á perecer casi todos, pero salvaría el honor del ejército y el suyo. No vaciló nada. Formó la resolución de esperar el fin del día fuera del alcance del fuego, y aprovechar después las sombras de la noche para cruzar el Dnieper y escaparse por la orilla derecha, lo cual pudo hacer desde el mismo Esmolensko si le llegara á tiempo un aviso. Por desgracia, para cruzar el Dnieper sólo contaba con el hielo, que podía muy bien no presentar solidez bastante para que un ejército lo pasara, aun siendo muy intenso el frío. Con su habitual confianza, no concibió al parecer el mariscal Ney duda alguna sobre el estado de la corriente, y habiéndole querido hacer alguna observación uno de sus oficiales, le dijo bruscamente que el Dnieper debía estar helado, que se hallaría tal que se pasara sobre el hielo ó de otro modo, y que pasaría sin duda, fuera como fuere.

No sospechando los rusos lo que meditaba, y viéndole colocarse fuera del alcance del fuego, se creyeron seguros de tenerle prisionero al día siguiente, y quisieron dejarle el tiempo de la resignación, con el fin de ahorrarse á sí propios una efusión inútil de sangre. Por la tarde le enviaron un parlamentario para hacerle conocer su situación desesperada, y decirle que ochenta mil hombres (no eran más que cincuenta mil y bastaban) le obstruían el camino, que de consiguiente se hallaba sin recursos, que debía pensar en capitular, y que por lo demás se le otorgarían condiciones dignas de la bizarría de sus soldados y de su alto renombre. Ni aun se dignó el mariscal responder al parlamentario, y receloso de que su vuelta diese alguna luz al enemigo, le retuvo prisionero, diciéndole que le quería tener por testigo de la respuesta que preparaba al príncipe Kutusoff. Ya de noche juntó á cuantos aún eran capaces de sostenerse, á cuantos conservaban alguna fuerza moral y física, dejando tristemente la tierra cubierta de muertos, de heridos y de los que habían llegado al cabo de su constancia. Encaminóse hacia el Dnieper silenciosamente. Con la obscuridad y la confusión que reinaba era de temer que equivocara la dirección de su camino y cayera en medio de los vivaques de los rusos. Un riachuelo helado, que debía desaguar en el Dnieper sin duda, sirvióle de guía. Siguiendo su curso, llegóse á la orilla del río. ¡Feliz favor de la naturaleza debido al heroísmo del mariscal y de sus soldados! Helado estaba el Dnieper, no muy sólidamente, bien que lo bastante para pasar con precaución y asegurándose á cada paso de la resistencia del hielo sobre el cual se caminaba. En ciertos puntos se halló manera de echar algunas tablas, y pasóse á la orilla opuesta.

Más arduo era el paso para la artillería y para los carros de bagajes. Algunos cañones pasaron y también algunos carros. Se abandonaron los demás, cuidándose poco de lo que no podía seguir adelante, y no propendiendo más que á salvar lo que podía aún marchar resueltamente y sin descanso hasta la extinción total de las fuerzas. En salvar su honor y el de su cuerpo tenía empeño el mariscal, mas de ningún modo la vida de sus soldados.

Cruzando el Dnieper, se torció á la izquierda, yendo á lo largo del río en dirección de Orscha. Quince ó diez y seis leguas había que andar por un país desconocido, y de consiguiente no se podía perder instante. Primero cruzóse una aldea llena de cosacos, si bien dormidos: se les quitó la vida, y siguióse adelante. Al despuntar la aurora del 19, marchando siempre á toda prisa, se descubrieron nuevos cosacos sobre los flancos, en corto número todavía, y no se hizo caso de ellos. Como á mediodía se hallaron varias aldeas, cuyos habitantes sorprendidos abandonaron algunas provisiones, que se apresuraron á devorar nuestros hambrientos soldados. Apenas terminada esta comida, se presentaron los cosacos, muy numerosos ahora, mandados por Platow mismo, y trayendo su artillería sobre trineos como los días anteriores. No eran capaces de romper los cuadros de nuestros intrépidos infantes, pero sí de hacernos perder tiempo y gente, pues á veces había que pararse para formar los cuadros, rechazar á los jinetes enemigos, y que emprender de nuevo la marcha, y en estas evoluciones se dejaban siempre heridos y extenuados de fati-

ga. A eso de la caída de la tarde se vió asaltado el mariscal Ney por tal masa de enemigos y envuelto de tal modo que el camino pareció cortado. Así y todo, refugiándose en los bosques extendidos á lo largo del Dnieper, defendióse al borde de una quebrada hasta la noche. Ya cerrada ésta, marchóse á la ventura por entre estos bosques, dispersándose á menudo y avanzando en medio de horrorosas perplejidades. Como á media noche, sirviendo de señal las hogueras, vinieron á juntarse unos á otros en torno de una aldea, donde se hallaron algunas provisiones. A las dos de la madrugada emprendieron de nuevo la marcha, con ánimo de atravesar el 20 las pocas leguas que faltaban para Orscha. Sin hacer caso de la fatiga de los que ya estaban extenuados de resultas de las jornadas del 18 y del 19, se lanzaron al camino con la esperanza de superar las últimas dificultades, si como el día anterior sólo venían persiguiéndonos los jinetes de Platow, por numerosos que fueran éstos.

Por desgracia, á mediodía hubo que cruzar una extensa llanura, en la cual las bandas de Platow, más fuertes que el día antes, se arrojaron sobre nuestros peones con mucha artillería. Inmediatamente el mariscal Ney formó los restos de su escasa tropa en dos cuadros, colocó dentro de ellos á algunos pobres rezagados, que se habían agregado á su columna, algunos soldados que no pudieron seguir sino abandonando sus armas, y los mantuvo contra los repetidos ataques de los cosacos, que hacían punto de honra vencer una vez por lo menos á un trozo cualquiera de infantería francesa. Ahora era el caso de obstinarse hasta conseguirlo, tan poco numerosa era en este encuentro, tan numerosos eran ellos, y tan grande era la gloria de coger prisionero ó de matar siquiera al mariscal Ney de una lanzada. Sin embargo, no hubo nada. El ilustre mariscal sostuvo á sus soldados, próximos á desfallecer muchas veces de cansancio y de desaliento, porque aún no se divisaba á Orscha. Después de rechazar á los cosacos y de matarles mucha gente, ganóse una aldea, donde se encontró abrigo y se tomó algún alimento. Un polaco había enviado el mariscal á Orscha para llevar la noticia de su milagrosa retirada y pedir socorro.

Hacia allí marchó durante la tarde y llegó muy cerca de noche. Con cierta especie de asombro indecible, á una legua de distancia distinguió columnas de tropas. ¿Acaso eran franceses ó rusos? Siempre confiado el mariscal, y contando con el aviso que despachó á Orscha, no titubeó un punto, siguió adelante y oyó hablar francés: eran el príncipe Eugenio y el mariscal Mortier, que á la cabeza de tres mil hombres llegaban en auxilio de su camarada, de quien se habían separado con tanto dolor como remordimiento. Se tendieron unos á otros los brazos, se estrecharon con efusión en ellos, y en todo el ejército no se oyó más que un grito de admiración sobre el heroísmo del mariscal Ney.

De seis á siete mil hombres llevaba mil doscientos á lo sumo, moribundos de cansancio é incapaces de ser útiles hasta rehacerse física y moralmente: pero llevaba el honor, su nombre, su persona, y había hecho expiar al enemigo con una verdadera confusión las crueles ventajitas de los últimos días. Al saber Napoleón en el castillo de Baranoui, adonde se dirigió desde Orscha el día 20, esta vuelta inesperada, estremeciéndose de alegría,

pues se le acababa de ahorrar la humillación cruelísima de que se dijera por Europa de que el mariscal Ney había quedado prisionero de los rusos. Napoleón tuvo la debilidad de hacer que sobre el mariscal Davout pesara el cargo del abandono de Ney y su tropa. Toda la culpa de estas desastrosas jornadas consistía en haber salido de Esmolensko en tres destacamentos separados con veinticuatro horas de intervalo unos de otros, y en haber proporcionado al enemigo de esta suerte el medio de copar una parte del ejército francés cada día; y si el último de estos días funestos hubo culpa en el abandono del mariscal Ney, sobre nadie recaía más que sobre Napoleón, que en vez de detenerse un día más para esperar á la retaguardia y salvarse todos juntos, se alejó de Krasnoe, dejando allí al mariscal Davout con cinco mil hombres, sin un cañón, casi sin cartuchos, más comprometido que el día antes, reducido á partir sin demora ó á rendir las armas, y con orden de unirse á Mortier á mayor abundamiento. No obstante, ahora no tenía que dirigirse á Napoleón ningún cargo, pues de no abandonar á Krasnoe, todo el ejército quedara prisionero; mas por lo mismo no debía hacer pesar la responsabilidad de esta resolución sobre nadie particularmente, y debía refundirla en la responsabilidad general de esta campaña horrorosa. Y sucedió lo contrario, pues por afán de eximirse de cargos, ó por su pésimo humor creciente con las circunstancias, manifestó respecto de la conducta del mariscal Davout una desaprobación, que cada cual se apresuró á acoger y á propalar á impulsos del dolor que se experimentaba, y del placer siempre grande de menospreciar una reputación hasta entonces sin mancha. Así la especie en boga al fin de esta retirada espantosa fué que el mariscal Davout había abandonado al mariscal Ney, pero que éste se había salvado milagrosamente. Sólo era verdad el segundo de estos asertos. Según ya hemos dicho, Napoleón echaba en su camino sus primeros lugartenientes como víctimas á la fortuna. ¡Sacrificios vanos! Sólo él, él sólo podía aplacar muy pronto á esta deidad justamente airada de tantas insensatas empresas.

Estas jornadas costaron al ejército verdadero, al que aún llevaba armas, de diez á doce mil hombres muertos, heridos ó prisioneros: á la masa flotante costó siete ú ocho mil rezagados y grande porción de bagajes. En Orscha quedaban á lo sumo veinticuatro mil hombres con armas y veinticinco mil rezagados. Éstos eran la mitad de los que salieron de Moscou, la octava parte de los cuatrocientos mil hombres que habían pasado el Niemen (1). Respecto de los rusos, si el resultado

(1) No se comprende cómo Mr. de Boutourlin, escritor grave, puede citar á cada paso guarismos tan extrañamente exagerados como los que se enuncian en su libro. Si se sumaran todas las pérdidas que después de cada acción enumera, no quedaría un solo hombre en pie á nuestra llegada á Viasma. Véase un singular ejemplo de estas exageraciones. Mr. de Boutourlin asegura que la jornada del 18 costó á los franceses ocho mil quinientos hombres del cuerpo de Ney capitulados, tres mil quinientos cogidos prisioneros por los rusos durante la refriega, sin contar los muertos (tomo III, pág. 229). No es mucho suponer que al mariscal Ney le mataran mil hombres sobre el campo de batalla, y así los que capitularon y quedaron prisioneros y fueron muertos sumarán un total de trece mil hombres. Ahora bien: con su cuerpo y la división de Ricard no contaba Ney al salir de Esmolensko más que siete mil soldados bajo su mando, ¿cómo pudo perder trece mil en aquella jornada? Además dice Boutourlin en la página 231 del

era grande para ellos, no así la gloria, pues con cincuenta ó sesenta mil hombres, provistos de todo y especialmente de una artillería inmensa, con una posición como la de Krasnoe, hubieran debido, ya que no detener al ejército entero, copar á lo menos la mayor parte, si después de pasar Napoleón con el príncipe Eugenio, se atravesaran de por medio en masa, pues así el mariscal Davout cayera con toda su fuerza en sus manos, y el mariscal Ney de seguida. Pero, codeándonos algo cada día, retirándose espantados tan luego como sentían el choque, dejaron que el ejército francés se salvara trozo á trozo, y el postrer día llegó su confusión al punto de no apoderarse del mariscal Ney, que no debió escapárseles de ningún modo. No recogieron más trofeo que muchos de nuestros soldados muertos ó heridos bajo su espesa metralla, y muchos de nuestros rezagados, á quienes era fácil coger á centenares desde que la miseria les privó de armas. ¡Ah, muy grande fué el número así de unos como de otros! Resultados importantes eran sin duda y desconsoladores para los franceses, pero no maravillas del arte militar, dignas de los títulos que se han complacido en prodigarles. En estas operaciones había un mérito sin embargo, uno tan sólo, pero efectivo, la prudencia constante del generalísimo Kutusoff, quien, contando con el clima y con el invierno, quería gastar poca sangre, y no aventurar nada ni aun para coger los más brillantes trofeos. Aún con este designio, hubiera debido medir mejor la presa de que aspiraba á apoderarse; hubiera debido calcular la porción de nuestra larga columna á que había que interceptar el paso, cortarla resueltamente, cogerla, y dejar que el resto siguiera adelante. Su prudencia, laudabilísima sin duda cuando se considera el conjunto de la campaña, no fué durante estas jornadas, que pudieron ser decisivas, más que la de un viejo tímido é irresoluto de continuo, y glorificándose al fin de resultados que eran obra de la fortuna más que de su pericia.

Sea como quiera, después de abandonar Napoleón á Krasnoe, pernoctó el mismo 17 en Liady, el 18 en Dubrowna, y el 19 en Orscha. Allí había un puente sobre el Dnieper, y si Kutusoff fuera á esperarnos en este punto en vez de esperarnos en Krasnoe, es probable que no saliéramos de tal abismo, pues no pasáramos

mismo tomo que en estas jornadas del 16, 17 y 18 de noviembre, las cuales califica de obra maestra del arte, perdieron los franceses veintiséis mil prisioneros, diez mil muertos, heridos ó ahogados y doscientas veintiocho bocas de fuego. Semejantes asertos son insostenibles. Por esta cuenta el ejército francés quedara reducido á la nada al llegar al Berezina. A su salida de Esmolensko ascendía á treinta y seis mil hombres con armas y cerca de treinta mil rezagados. Después de las fatales jornadas de Krasnoe sólo contaba la guardia unos ocho mil hombres, tres mil el príncipe Eugenio, ocho mil el mariscal Davout, mil quinientos Ney, dos mil quinientos Junot é igual número Poniatowski; total, veintitrés mil hombres. Así trece mil fueron los que se perdieron á lo sumo. Resta averiguar cuántos rezagados fueron cogidos, y es mucho suponer que ascendieran á siete ú ocho mil entre todos, de lo cual resultaría una pérdida de veinte mil y no de treinta y seis mil hombres. Por lo que hace á la artillería, el ejército al salir de Esmolensko tenía ciento cincuenta bocas de fuego con tiros, ¿cómo había de perder doscientas veintiocho? Ciertamente nuestros desastres fueron grandes, y disimularlos sería tan pueril como lo es exagerarlos; pero téngase presente que con tal modo de contar no quedaría suficiente, no ya para nuevas exageraciones, sino para la simple enumeración de las pérdidas efectivas que experimentamos más tarde.

(N. del A.)

tan fácilmente el Dnieper como la quebrada del Lossmina, y por otra parte el río no estaba aún bastante sólidamente helado, con especialidad en las cercanías de Orscha, donde tenía doscientas toesas de anchura, para que fuera posible pasarlo por encima del hielo. Felicitándose Napoleón de hallarse al fin en lugar seguro, y de hallar víveres, pues había en Orscha almacenes bien provistos, hizo un nuevo ensayo para allegar á los desbandados por medio de distribuciones regulares. Un destacamento recientemente llegado de la gendarmería de preferencia tuvo á su cargo la policía de los puentes, para empeñar á cada uno con la persuasión ó á la fuerza á que se juntara á su cuerpo. Aquellos buenos soldados acostumbrados á reprimir los desórdenes que surgían á retaguardia del ejército, nunca habían visto cosa semejante y mostráronse consternados. Inútiles fueron sus esfuerzos todos, y de nada sirvieron las amenazas, ni las promesas de distribuciones á cada cuerpo. A los hombres aislados, armados ó inermes, les parecía más cómodo, y sobre todo más seguro, ocuparse de sí mismos, no más que de ellos; no exponerse por la salvación de los demás á quedar heridos, lo cual equivalía á ser muertos, y ya sacudido el yugo del honor, se negaban á someterse nuevamente á su influjo. Entre los desbandados algunos habían guardado sus armas, pero sólo para defenderse contra los cosacos y para merodear más fructuosamente. A medida que se prolongaba la retirada se habían acostumbrado á esta miseria, formándose en sociedades de marcha, viviendo de su propia industria, aprovechándose de la escolta de cuerpos armados, sin prestarles jamás ningún servicio, resistiéndose si se procuraba llevarlos á sus regimientos, no haciendo uso de sus armas sino contra los cosacos ó sus camaradas, merodeando, saqueando por el camino y á uno y otro lado, llevando su botín en carros, que contribuían á alargar las columnas, destruyendo tanto como consumían, prendiendo á menudo fuego para calentarse á casas donde se alojaban oficiales ó heridos, muchos de los cuales perecieron así entre las llamas. ¡Tan necesario es el yugo de la disciplina sobre seres en quienes se ha desarrollado el instinto de la fuerza, para que no abusen de ella y se transformen en verdaderas fieras! Entre estos obstinados merodeadores se encontraban muchos antiguos prófugos y poquísimos veteranos, pues la mayor parte de éstos perseveraban y morían á la sombra de su bandera. Detrás de los más despiertos venía la muchedumbre de hombres débilmente constituidos, marchando sin armas, víctimas de todos, así del enemigo como de sus camaradas, arrastrándose y viviendo como les era posible, sembrando los caminos ó los vivaques con sus cuerpos extenuados, y defendiéndose apenas en su profundo abatimiento contra la muerte. Generalmente eran los más mozos, los menos indóciles, los arrancados últimamente por la quinta de sus hogares.

Este contagio moral había cundido hasta á la guardia. Napoleón la juntó para arengarla, para traer el sentimiento del deber á su memoria, diciéndola que era el último asilo del honor militar; que á ella tocaba especialmente dar ejemplo, y salvar así las reliquias del ejército de la disolución de que estaban amenazadas; que si la guardia se hacía culpable á su turno, sería más culpable que todos los demás cuerpos, pues no tendría

la excusa de la necesidad, por habersele siempre reservado los pocos recursos de que se disponía; que podría apelar á los castigos y mandar que se fusilara al primero de sus granaderos veteranos que se hallara fuera de filas, pero prefería contar con sus antiguas virtudes guerreras y obtener de su adhesión, no de su miedo, los buenos ejemplos que invocaba de su parte. A estos antiguos servidores, descontentos á veces, mas fieles al deber de continuo, arrancó algunos gritos de asentimiento, y lo que era aún de más precio, resoluciones de buena conducta, que á mayor abundamiento no eran nuevas, pues, exceptuando los muertos, casi todos los demás de la vieja guardia permanecían en las filas. De seis mil hombres que la componían al pasar el Niemen, sobrevivían cerca de tres mil y quinientos. Perecido habían los demás de cansancio ó de frío, muy pocos en el fuego: casi ninguno se había desbandado. Diezmada la joven guardia por la fatiga y por el fuego, y algo también por la deserción de las filas, aún contaba dos mil hombres, y la división de Claparede mil y quinientos. Éstos eran el último resto de los antiguos regimientos del Vístula. Entre la caballería de esta guardia se contaban aún algunos centenares de jinetes montados: al cuerpo seguían en bastante buen orden los desmontados. Sólo las tropas del mariscal Davout podían presentar un regular efectivo.

Atendiendo Napoleón á los inconvenientes de las largas hileras de carros, determinó que se quemasen todos los que no llevaran heridos ó familias fugitivas y y no pertenecieran á la artillería ó al arma de ingenieros. No reservando más que uno para sí y para Murat, y otro para uno de los mariscales que mandaban cuerpo, hizo quemar implacablemente los restantes. Celoso por la conservación de la artillería y á pesar de las prudentes representaciones del general Eblé, quiso que fueran destruídos los dos trenes de puentes, que consistían en barcas llevadas sobre carros. Estos trenes fueron dejados en Orscha al partir hacia Moscou, y tenían de quinientos á seiscientos caballos de tiro fuertes y descansados. Según calculaba el general Eblé, sólo con quince barcas de aquéllas habría para echar un puente que pudiera ser utilísimo en determinados momentos, y que no exigiría para trasladarlo de un punto á otro más que la tercera parte de los caballos disponibles. Pero Napoleón dispuso la destrucción de todas aquellas barcas, y sólo á instancias del general Eblé se avino á que se llevara el material necesario para un puente de caballetes. A la sazón fueron destruídos la correspondencia militar de Napoleón y una porción de papeles preciosos.

Tales esfuerzos, para que volviera á tener alguna unidad el ejército, fueron estériles ahora como antes. Viendo los soldados en perspectiva que aún necesitaban andar mucho camino y pasar muchos trabajos, no se prestaban á cambiar de costumbres. Fueran menester un descanso prolongado, seguridad, abundancia y la intermediación de cuerpos sanos, para obligarles á que se sometieran de nuevo al yugo de la disciplina. Apenas duró algunas horas la prohibición de hacer distribuciones á los que no se hallaran en rededor de su bandera. Después de un momento de rigor, ningún almacén quedó cerrado al hambre, pues esto equivaliera á provocar el saqueo. Por otra parte, aproximándose el ene-

migo, debía devorar el fuego lo que se dejara, y mejor era darlo á franceses á quienes solamente los padecimientos habían arrancado á la observancia de sus deberes.

De consiguiente las cuarenta y ocho horas pasadas en Orscha no sirvieron más que para dar algo de descanso y de alimento á los hombres y á los caballos, lo cual no era indiferente de modo alguno, y para arreglar mejor los tiros de la artillería, de que aún se conservaron unas cien piezas bien municionadas, y finalmente para cobrar aliento y tornar á emprender tan horrorosa retirada. Pero la disciplina no ganó cosa alguna, pues la disolución del ejército pertenecía al número de las enfermedades que no se pueden contener sino con la muerte del cuerpo que las padece.

En Orscha llegaron á asaltar á Napoleón noticias más desconsoladoras que las recibidas hasta entonces. Decididamente el almirante Tchitchakoff había tomado la delantera al príncipe de Schwartzberg sobre el alto Berezina. Fluctuando este príncipe entre el temor de dejar á su espalda á Sacken en libertad de ir á Varsovia y el de dejar á Tchitchakoff en libertad de trasladarse hacia el alto Berezina, tardó muchos días en resolverse, y Tchitchakoff dirigióse por Slonim á Minks.

Para defender este punto se encontraba allí el general Bronikowski con un batallón francés, alguna caballería francesa, y uno de los nuevos regimientos lituanos, y además la hermosa división polaca de Dombrowski, que para guardar el Dnieper había quedado á la espalda. Obligado el general Dombrowski á dividir sus fuerzas en diversos destacamentos, y teniendo además del duque de Bellune la orden de estar pronto siempre á concentrarse sobre Mohilew, no quiso juntarse al general Bronikowski para defender á Minks, lo cual redujo las fuerzas de éste á unos tres mil hombres. Forzado se vió á evacuar á Minks este caudillo después de perder un destacamento de dos mil soldados fuera de la plaza, teniendo mucha parte de culpa uno de los nuevos regimientos lituanos que arrojó las armas. A abastecer abundantemente esta ciudad había dedicado todos sus esfuerzos Mr. de Basano. De consiguiente allí se perdía uno de los principales puntos del camino de Wilna, y además subsistencias para mantener durante un mes á las tropas. Reunidos ahora, aunque ya tarde, los generales Bronikowski y Dombrowski, se trasladaron á Borisow junto al alto Berezina; pero disponiendo á lo sumo de cuatro á cinco mil hombres, por consecuencia de las pérdidas del uno y de los destacamentos dejados en Mohilew por el otro, no estaban seguros de poder defender el puente de Borisow, y si caía en manos de Tchitchakoff este puente sobre el Berezina, quedaba el camino cerrado al grande ejército del todo, á no ser que se remontara hasta las mismas fuentes del Berezina. En este caso se exponía á encontrar á Wittgenstein, más temible aún que Tchitchakoff, según las noticias que acababa de traer el general Dode de la Brunerie. Estas noticias no eran menos tristes que las anteriores.

Napoleón había contado con que los mariscales Oudinot y Víctor, á quienes suponía fuertes de cuarenta mil hombres, se llevarían á Wittgenstein y á Steinghel por delante, los arrollarían más allá del Dwina, y seguidamente le traerían aquellos cuarenta mil hombres victoriosos, como Schwartzberg y Reynier debían traerle,

después de batir á Tchitchakoff, los otros cuarenta mil hombres que tenían bajo su mando. De esta suerte hubiera reunido ochenta mil hombres, con los cuales pudiera descargar un golpe terrible sobre los rusos antes del fin de la campaña. Mas todo fué ilusión así á la parte del Dnieper como del Dwina. Ante todo, después de la segunda batalla de Polotsk, que produjo la evacuación de esta plaza importante, el general bávaro Wrede se dejó separar del segundo cuerpo, y quedóse hacia Gloubokoe con sus cinco ó seis mil soldados. Así el segundo cuerpo, cuyo mando había tomado el mariscal Oudinot, hallóse reducido á diez mil hombres extenuados.

Apenas conservaba veintidós ó veintitrés mil el duque de Bellune, con las tres divisiones del noveno cuerpo, debilitado considerablemente por las marchas que hizo. Opuestos á Wittgenstein y á Steinghel, que no contaban más de cuarenta mil hombres después de los últimos combates, hubieran podido batirlos. Pero Wittgenstein tomó posición detrás de Oula que, según hemos dicho, forma la unión del Dwina y el Dnieper por el canal de Lepel y el Berezina. Ambos mariscales procuraron atacar á Wittgenstein en una fuerte posición hacia Smoliantzy, y perdieron dos mil hombres sin lograr desalojarlo de ella, lo cual les redujo cuando más á treinta mil soldados, y no se atrevieron á tentar nada decisivo, temiendo comprometer á un cuerpo que ofrecía á Napoleón el postrer recurso. Quizá no les fuera imposible emprender algo con más armonía y arrojo, pero su intención era muy ardua y su perplejidad naturalísima. A instancias del general Dode, se reunieron, después de estar separados un momento, con el fin de operar juntos, y aguardaban en Czereia, á dos marchas del camino que seguía Napoleón y hacia la derecha, sus órdenes definitivas. Estas órdenes iba á pedir el general Dode después de exponer con exactitud suma cuanto había pasado á orillas del Dwina (1).

Si se hace memoria de los lugares ya descritos, se comprenderá fácilmente la situación de Napoleón en este instante. Al marchar sobre Moscou había pasado por el espacio que dejan abierto el Dwina y el Dnieper entre Vitebsk y Esmolensko. A la ida tenía el Dwina á su izquierda y el Dnieper á su derecha, y por el contrario, á la venida tenía el Dnieper á su izquierda y el Dwina á su derecha, y acababa de pasar la abertura entre Esmolensko y Vitebsk, puesto que se encontraba en Orscha. Pero más allá el Dwina y el Dnieper se juntaban hasta cierto punto de una manera accesoria por una línea de agua continua, ya canal, ya río, que consiste en el Oula, afluente del Dwina, en el canal de

(1) La parte que el general Dode tuvo en estos sucesos y las escenas de que fué testigo, se han presentado de la manera más diversa y más inexacta, lo cual se explica porque jamás dió comunicaciones precisas sobre punto tan importante de la historia. Este hombre respetable y veraz, uno de los más ilustrados y de los mejores de nuestros días, ejecutor con el mariscal Vaillant del magnífico monumento levantado en las fortificaciones de París á la defensa de Francia, tuvo la bondad de escribir y de enviarme el año de 1849, poco antes de su fallecimiento, una relación minuciosa de cuanto vió en la época del paso del Berezina. También el general Corbineau tuvo la bondad de hacer lo propio algunos años antes, y de sus relaciones, firmadas de su puño y muy fidedignas, tomo la mayor parte de los hechos que voy á referir ahora. (N. del A.)

Lepel, que une el Oula al Berezina, y finalmente en el mismo Berezina, que desagua en el Dwina más abajo de Rogaczew. Por tanto era necesario forzar esta segunda línea. Sobre su izquierda, antes su derecha, veía Napoleón á Tchitchakoff dueño de Minks y de sus vastos almacenes, pronto á apoderarse del puente de Borisow sobre el alto Berezina. Sobre su derecha, antes su izquierda, veía á Wittgenstein y á Steinghel prontos á aprovecharse de la primera falsa maniobra de los mariscales Oudinot y Víctor, para seguir el Oula, ganar el alto Berezina y dar la mano á Tchitchakoff y á su espalda á Kutusoff con el grande ejército ruso. Muchas probabilidades había de perecer y poquísimas de salvarse. Sin embargo, en medio de todas sus penas, tuvo Napoleón un consuelo, y fué el de saber que los cuerpos de Oudinot y Víctor, aunque muy debilitados por el fuego, las marchas y el frío, contaban todavía veinticinco mil hombres, animados del mejor espíritu, conservando toda su disciplina, y que unidos á los soldados que aún le quedaban con armas, podían poner bajo su mano una fuerza de cincuenta mil hombres, que hábilmente dirigida, sería una especie de martillo, con que sabría golpear alternativamente á todo el que osara acercarsele. A la verdad era necesario manejarlo con destreza, bien que sobre este punto se podía tener en él plena confianza, pues nadie le igualaba en el arte de maniobrar concéntricamente entre enemigos separados unos de otros, y después de un instante de confusión y de abatimiento había recuperado toda la energía de sus poderosas facultades.

A pesar de lo horroroso de su situación lisonjeóse aún de salir del aprieto, mediante una postrera y quizá brillante victoria. Sin criticar al general Dode lo que había hecho, le ordenó que tornara cerca de los dos mariscales, y prescribiera á Oudinot que se trasladara sin demora y por un movimiento transversal de derecha á izquierda, de Czereia á Borisow, á fin de sostener allí á los polacos y de ayudarles á conservar el puente del Berezina, y á Víctor que permaneciera sobre la derecha, enfrente de Wittgenstein y de Steinghel, los contuviera haciéndoles temer una maniobra del grande ejército en su contra, y le diera así espacio para llegar al Berezina. Si, como debía esperarlo, se observaban estas instrucciones, siendo alejado Tchitchakoff de Borisow por Oudinot, y contenido Wittgenstein por Víctor, se podía ganar oportunamente el Berezina, pasarlo juntando á Víctor y á Oudinot, recuperar á Minks con sus almacenes, de los cuales sólo había podido consumir Tchitchakoff una pequeñísima parte, incorporarse á Schwartzberg, hallarse de esta suerte á la cabeza de noventa mil hombres y en aptitud de abrumar á uno ó dos de los tres ejércitos rusos, y terminar con una victoria una campaña brillante hasta Moscou, calamitosa desde Malo-Jaroslavetz, bien que destinada quizá á tornar á ser brillante y hasta triunfal en su último período. Aun cuando ya desconfiado respecto de la fortuna, no desesperó Napoleón de realizarse en el postrer momento, y al despedir al general Dode lució como un rayo de satisfacción en su rostro, y emprendió la marcha desde Orscha á Borisow sin tardanza.

De Orscha trasladóse el 20 de noviembre al castillo de Baranoui: el 21 fué á Kokanow, y salió para Bobr al día siguiente. Aunque siguiera el tiempo muy frío,

TOMO VIII

algo había aflojado de su rigor extremado; pero no se pasaba mejor á pesar de todo.

Los soberbios álamos alzados á los bordes del camino dejaban caer gota á gota la nieve y la escarcha de que estaban cubiertos, y los soldados marchaban entre el lodo expuestos á una humedad que hacía el frío más penetrante. Por lo que hace á los carros de la artillería rodaban muy trabajosamente por medio de aquel fango medio helado. Así, á pesar de los inconvenientes de una temperatura rigurosa, más valieran un terreno sólido y ríos helados, y más ahora que el primer interés era andar de prisa. Pero ya no se podía contar ni con el infortunio, y parecía que marchábamos bajo sus golpes como se marcha bajo la metralla delante de un enemigo, cuando es cosa resuelta el ataque.

Llegado el 22 á Voloczín al mediodía, recibió Napoleón un despacho de Borisow, donde se le comunicaba la más cruel de las noticias, que los generales Bronikowski y Dombrowski, después de haber defendido de una manera obstinada la cabeza de puente de Borisow sobre el Berezina, y rechazado muchos asaltos, perdido dos ó tres mil hombres y causado al enemigo una pérdida igual por lo menos, y herido ó muerto á oficiales de los más distinguidos, especialmente al general ruso Lambert, se habían visto obligados á retirarse detrás de la ciudad de Borisow y á abandonar el puente del Berezina. Se hallaban sobre el camino real que se seguía y á marcha y media por delante. Con efecto, sólo se distaba algunas leguas del enemigo que nos obstruía el camino del Berezina, y sin poseer ya el único puente por donde se podía cruzarlo. ¡Cómo echar uno con los pocos medios de que se disponía, sobre todo con tan escaso tiempo, teniendo á la izquierda á Tchitchakoff victorioso, que se nos podía echar encima para destruir nuestras obras; á la derecha á Wittgenstein, que no dejaría de cogernos de flanco mientras probáramos á trasladarnos de orilla á orilla, y detrás finalmente á Kutusoff, que, según todas las probabilidades, debía acometernos por la cola, al par que los otros generales rusos nos atacaran de frente ó por el costado! Jamás se había pasado por situación tan horrorosa, y más si se compara al grado de fortuna de que se había caído desde el paso del Niemen por Kowno en el anterior mes de junio. ¡Qué caída tan espantosa en cinco meses!

Al recibir Napoleón este despacho, se apeó del caballo, leyólo con una emoción de que no dejó traslucir nada, dió algunos pasos hacia una hoguera de vivaque acabada de encender sobre el camino real, y descubriendo al general Dode, de vuelta del encargo con que había ido adonde estaban los mariscales Oudinot y Víctor, le ordenó que se aproximara. Tan luego como le tuvo cerca, mirándole Napoleón con indefinible expresión de ojos, le dirigió estas solas palabras: *Ahí los tenemos...*, refiriéndose á las conversaciones anteriores entre el general y el emperador, y que significaban en suma: «Los rusos están en Borisow.» Entonces Napoleón entró en una choza, y desarrollando sobre una mesa de campesino el mapa de Rusia, se puso á discutir con el general Dode acerca de los medios de salir de aquella situación, casi sin escape. Napoleón estaba afectado, pero no abatido. Unas veces se mostraba atento á la conversación, otras parecía ausente de ella, escuchaba sin oír, miraba sin ver, y luego volvía á su interlocutor